

peligro; gana su alimento; conquista la amistad; es fuerte y noble.

Entre las exageraciones modernas, una de las especiales es ésta del caballo de carrera, sujeto a un tratamiento de privaciones y sutilezas que acaban por darle velocidad de flecha, vuelos de ave, por convertirlo en un verdadero Pegaso. La ligereza está pagada cara.

Y en el fondo..... ¿todo para qué?

Para que la Fortuna reparta sus caprichosos favores; para que un jugador dé un golpe de audacia; para que el dinero corra de mano en mano, más rápido que el caballo de carrera; para que el hombre entre en la sobreexcitación misteriosa de la Suerte, que es impenetrable y terrible ..... cuando no se pone de acuerdo con los embaucadores.

Indudablemente que mejorar la raza de un animal útil como éste, es de gran trascendencia.

Pero el hombre moderno no se contenta con sólo eso: en un bien semejante busca emociones; y, ninguna más intensa y absorbente que la que entrega al acaso una esperanza para que, al fin de la pista, en una carrera de caballos, nos devuelva la ilusión de una riqueza que no nos ha de dar el trabajo ni nos ha prometido nunca el estudio.

Y entretanto, la fiesta matinal se prolonga bajo las galas deslumbrantes de nuestro sol americano.

MANCHAS Y BOCETOS

## AIRE Y POLVO.

---

El aire, como pillín de barrio, gusta de jugar con la tierra. Hace cosas inauditas con la basura de las calles; equilibrios de acróbatas, juegos de salón, contorsiones y saltos imposibles.

Y, a todo correr, riendo y silbando por rendijas y rejas, levanta el polvo con su soplo travieso, y lo arremolina, en largos embudos grises y giratorios, o lo pliega y despliega por el espacio, a modo de flámulas inquietas y banderolas ondeantes, o lo enrolla en aros pirotécnicos que voltejean hasta deshacerse en la atmósfera, o lo avienta, en fin, a puñados locos, sin tón ni són, a esta ventana, a aquella maceta, a la cortina de esos balcones, al huevo de cristal cuajado de la luz eléctrica, y más alto, al tejido de alambres donde se pasan la vida haciendo sus ejercicios gimnásticos, golondrinas y gorriones.

En estas calientes tardes de Abril y Mayo, es de verse cómo a pleno sol, fabrica el viento, en el azul dorado del aire, sus efímeros y transparentes gobelinos, sus cortinajes color de perla, sus telas diáfanas franjeadas de luz, sus humaredas llenas de chispas y fulgores, sus remotos vahos y neblinas, sus gasas flotantes que envuelven las lejanías, los últimos términos, los horizontes, en una indecisión de ensueño. Pero el aire, muchacho perverso,

no finge todas estas decoraciones teatrales por el simple gusto de recrearse con ellas y de ser admirado de las gentes. Es alegre, parlanchín y gracioso; pero es también grosero, y mal intencionado y astuto.

Va por esas calles, muy paso a paso, abanicando los rostros sudorosos, besando mejillas, rizando plumas, arrebatando aquí y allá, de los jardines públicos, de este árbol, de la otra planta, una fragancia que diluir; soplando, soplando sin fuerza, sin estrépito, para que el pedazo de papel vuele y finja una mariposa blanca, o la brizna de hierba brinque como un insecto sobre el agua aceitosa del charco, y salten y rueden y se arrastren por el suelo, una hilacha roja como el ala de un colibrí, una colilla de cigarro, no apagada aún, como una luciérnaga herida, una hoja seca como un escarabajo, un corcho de botella, como un carro de combate en miniatura, un pedazo de vidrio, una cinta, la cáscara de una fruta mondada, todo ese ejército minúsculo de las cosas inútiles, que el aire mueve a su antojo y pone en marcha caprichosa.

¡Oh, qué buenas y delicadas caricias que nos hace! Le sonreímos, no nos quejamos de él, se nos olvidan por largos ratos sus malas pasadas y sus inconsecuencias. ¡Mirad qué manso está!

No juega con las veletas, ni con los rehiletes de los tubos ventiladores, ni siquiera se pone a sacudir, como mozo mal humorado, las banderas. Sólo muy arriba, muy arriba, sobre aquel cerro violeta, se distingue que está éscardando y desflecando nubes, con mucha lentitud y mucho juicio. Pero eso que hace allí en el cielo, no es una diversión, es un trabajo.

Y repentinamente, como chiquitín nervioso que se cansa de estarse quieto, acelera el paso, trota, tira los juguetes que movía a compás, los rompe, los estruja, los arroja muy lejos, y en seguida, emprende la carrera, desatentado y ciego, arrebatando sombreros, echando tierra a los ojos, levantando faldas, con cínica grosería, cerrando y abriendo con brusquedad vidrieras y puertas para que se rompan los cristales, entrando y saliendo por todas partes como *ratero* perseguido, y moviendo de su sitio las cosas que halla a mano: de aquí, un mueble; de allá, un cuadro; de la mesa, una copa; de la cama, un cojín; en los corredores, quiebra las guías de las enredaderas, y en las azotehuelas..... ¡oh! allí infla la ropa tendida, la arranca de los cordeles, se la lleva a la calle, la eleva, y hace de ella, cometas de nieve y pájaros de fantásticas formas. Cobra bríos, casi se enfurece con el ruido y la algazara que produce: las gentes que gritan, las cosas que caen, los perros que ladran, las hojalatas que rechinan, el estrépito de los vidrios rotos, el crujido de las maderas, toda la alharaca que provoca, es para el viento, como una diana, como un canto guerrero que lo anima y lo entusiasmo en sus audaces y desordenados retozos.

Bienes cierto que la ciudad sirve ahora a este locuelo, como nunca, para sus burlas y correrías: muros y ciudadelas de adoquines, cordilleras de cascajos, volcanes de grava, serranías de arena, abismos de lodo, grutas con estalactitas de fango, lagos artificiales, cavernas; la vía pública quebrada hasta lo inverosímil, por quién sabe cuántos diabólicos trabajos del progreso. Tiene el aire, por lo mismo, un precioso campo de operaciones; vericuetos,

escóndites, salidas falsas, y pertrechos de guerra cómo no se los hubiera soñado.

Los buenos habitantes de la ciudad sufrimos las travesuras de este jocoso cantante de madrigales, que, a cambio de sus puñados de polvo, de sus intempestivos arrebatos, de sus desagradables fechorías, nos trae bocanadas de primavera que aspiramos a grandes sorbos, como rejuvenecidos también por el cálido aliento de vida que lleva el polen de flor en flor, el germen de grano en grano, y la alegría de corazón en corazón.

¡Cuán distinto es este viento de Abril y Mayo, este hálito de amor, este insufrible y mañoso chiquitín de barrio, que juega con tierra y basuras a pleno sol, ardoroso y desenfrenado, al otro, al frío y melancólico viento de Noviembre y Diciembre, al que arrastra hojas muertas por jardines y caminos, al canta-baladas tristes en las ramas desnudas, al viajero invernal que recorre las calles por las noches, quejándose lúgubrementemente y dejando lágrimas en los cristales de las vidrieras!

Ese, ni alza polvo, ni sacude cortinas, ni tiene alientos para abrir puertas, levantar faldas y arrebatarse sombreros. Es débil y está enfermo; no juega, no sonríe, no fabrica efímeros gobelinos, ni finge humaredas cuajadas de chispas y falgores; pasa, pasa tosiendo, con su cascada tos de tuberculoso, friolento, entrapajado, quejumbroso, hablándonos al oído de cosas amargas y de sueños desvanecidos, del amigo ingrato, de la mujer infiel, de la novia muerta, de los muros ruinosos, de las enredaderas que el hielo quemó; en el alma, de las ilusiones extinguidas, y en el camposanto, de las tumbas olvidadas ....

## PRIMERAS FLORES.

El mercado de flores se ha rejuvenecido en estos días. Bajo la vieja cúpula de hierros mohosos y de vidrios polvorientos, hay una animación de pajarrera, más inquieta y ruidosa cada vez, conforme van llegando los tibios mensajes de aire perfumado con que, como es costumbre, nos saluda, antes de presentársenos, la señorita Primavera.

En Noviembre, este mismo lugar es el abastecedor de los cementerios. La multitud que a él acude, circunspecta y grave, no se parece a la de este mes, tan risueña y jubilosa, que basta verla para sentir cómo nos llega hasta el corazón un buen soplo de alegría sana. En Noviembre, el mercado se desborda de su glorieta circular, y como la taza de una fuente colmada, deja rodar por sus escalinatas de piedra, hasta anegar las baldosas del embanquetado y los arriates del jardín del *Atrio* un manantial de flores y de musgos. Pero, no obstante la riqueza de las corolas, la caprichosa variedad de los pétalos, la mezcla deslumbrante de los matices, en todo aquel caudal de hojas y de estambres, domina un tono triste, una velada opacidad, un ambiente enfermo; las rosas blancas se abaten desmayadamente sobre sus tallos, como mujeres

cansadas de llorar; las margaritas amarillean como si en sus albas estrellas se reflejase la llama de los blandones; las violetas ocultan entre las ramas su palidez azul como un celaje de invierno, y los pensamientos, pupilas fatigadas, dejan resbalar el rocío, como últimas lágrimas, por sus ojeras de terciopelo. Hay muchas coronas, hay muchas cruces, hay muchas guirnaldas, hechas para rodear lápidas, o colgar del mármol de las urnas, o enredarse en las cornisas de los sepulcros. Las gentes van buscando los adornos florales que mejor simbolizen un dolor, que expresen con más exactitud un recuerdo, que traduzcan en flores lo que las almas sientan en pesares, que fraternalmente armonicen con una tumba, que sean lamento, y oración y ofrenda; que a los vivos que pasan, les digan: aquí nos ha dejado el amor, con mano piadosa; y a los muertos que descansan bajo la tierra oscura y opresora, los arrullen con una música imperceptible y sutil compuesta de besos, de suspiros y de melancolías.

Las flores de Noviembre son ornatos fúnebres, dolorosas alegorías de la muerte, pensativas compañeras de los cirios; son flores anémicas, que abrió el aliento frío de las mañanas nubladas, y que no sintieron por el día el cosquilleo de las mariposas que van a dormir en los cálices su borrachera de sol y de néctar; ni por las tardes vieron los escarceos locos de las golondrinas juguetonas, ni por la noche oyeron trovar al ruiseñor, todo vestido de plata rutilante por la luz de la remota estrella enamorada de sus canciones. Son flores que han sentido la nieve; que oyeron llorar el agua de los arroyos fustigada por el hielo; que aprendieron de memoria

el coro litúrgico de las hojas secas que van por los senderos como una procesión de peregrinos; que han visto a lo lejos, las rígidas contorsiones de los árboles desnudos; que, al erguirse, contemplaron en lo alto nidos vacíos, y al inclinarse, sorprendieron pájaros ateridos y agonizantes.

Ellas son, las pobrecitas pálidas, cloróticas, todavía hermosas como jóvenes tísicas, de esas de ojos febriles y pómulos rojizos; ellas son las que vienen al Mercado para que se las lleven luego al cementerio, donde se tienden sobre las pulidas losas de los monumentos y se deshojen, y se sequen, y sean barridas al fin, por la áspera e irreverente escoba de los sepultureros.

Cuán distintas estas otras de Mayo, madrugadoras y frescas, que llegan al Mercado recién bañadas por el rocío de la madrugada, y que se ríen picarescamente, contentas de vivir, de ser bellas, de haber embriagado a los colibríes, y coqueteado con las mariposas de mantos de seda joyante, y acechado, por entre los tupidos ramajes, las bodas de las aves. Estas sí que han visto las golondrinas, y, a semejanza de Mignon, sueñan en ellas; estas sí que han escuchado arietas de trinos y cristalinas sonatas ejecutadas con delicadeza ideal por los surtidores de las fuentes; éstas sí que cantan los buenos días, y como muchachas en un balcón abierto, nos ven pasar y cuchichean como queriendo detenernos, para que las saludemos con una galantería.

De veras que están lindas las coquetas. Se les nota desde luego que son casquivanas, frívolas, aturdidas, audaces, decidoras; tienen la volubilidad de los quince años; no piensan sino en que son bonitas. ¡Oh, Malherbe, viejo gruñón, no te deten-

gas; sigue, sigue con tu parasol bajo el brazo, y tu libraco de pasta de pergamino en la bolsa del gabán empolvado; sigue, filósofo rimador de la desdicha y de la muerte, no les digas a estas rosas bermejas, tu verso manoseado, no les expliques lo que van a durar; no te detengas frente al *Mercado*; sigue, que la Catedral está abierta y llaman a misa. Abre allá dentro tu breviario, y medita con Kempis, en lo efímero de la felicidad y de la belleza!

En estas mañanas de buen sol, claro y limpio, de aire radioso, que esmalta el césped del jardín del *Atrio*, y pone contornos de oro a las copas de los árboles, sólo los enamorados y los soñadores, los que no entienden de filosofías, los que no quieren saber si la vida es mala, porque se contentan con sentir que es bella, son los que se detienen ante la glorieta circular del Mercado, y compran lirios, violetas, margaritas, rosas, muchas rosas, todas las rosas, las primeras flores que, para anunciarse, manda la señorita Primavera a los soñadores y a los enamorados.

## CUADROS DE PRIMAVERA

I

### LOS PRIMEROS ANUNCIOS

Los vientos marzales se han adueñado de calles y plazuelas de esta ciudad, ensalzada por Humboldt e historiada por Marroquí. Desde muy temprano comienza el aire travieso a barrer, en pleno sol, aceras y calzadas, y a levantar remolinos de polvo, huracanes en miniatura, que dan quehacer a faldas y sombreros, y que tienen, siempre dispuestos, un empujón para cada puerta que se cierra, y un puñado de tierra para cada ojo que se abre.

La verdad es que el piso de México está en crisis: sufre constantes e interminables alteraciones.

Hay que ver cómo lo estrujan, y lo remueven y lo tunden. Le hacen más horrores que los que el maestro González deseaba para el *murciélagos* aleroso.

Pocos pavimentos habrá tan agitados, tan asendereados, como éste de la metrópoli, abierto en canal de día y de noche, por todas partes, por cualquier lugar, no importa dónde, lo mismo el sitio intensamente poblado y elegante en el centro, que la barriada lejana, salpicada de casucones destaralados.

A los que no estamos en el secreto, manía nos parece este afán de zanjar el suelo para hacer quién sabe qué misteriosas operaciones subterráneas, de esas que las capitales requieren para las necesidades de su vida refinada.

Ello es que el viento no encontrará tal vez en todo el país, sitio de recreo más a propósito para sus diversiones y travesuras.

En estas calurosas mañanas, en estas tardes de bochorno, las repentinas y traidoras nubes de polvo, los *simunes* liliputienses, las borrascas microscópicas de arena, son la plaga de la ciudad y la desesperación del transeunte.

Tales juegos, sin embargo, a pesar de su molestia, suelen ser entretenidos, y presentar figuras jocosas y provocar escenas chuscas. Hacen los vientos marzales, picarescos epigramas con vestidos de obesas matronas o faldones de levitas de magistrados, o chisteras espeluznadas, que, al caer, dejan al descubierto calvas mondas y venerables. Suelen apuntar también, los muy aviesos y tunos, alguno que otro atrevido y galante madrigal, con los bajos espumosos de las señoritas *art nouveau*, y los mantos ligeros y voladores de las mozelas de taller y de fábrica.

Con la mano, ya hecha visera de gorra, ya visera de yelmo sobre los ojos, se pueden entrever las mil y tres picardías del aire en rúas y plazuelas.

Y a pesar de esta molestia, un contento, un gran contento, una animación de regocijo, una sana y general alegría rodean esta ciudad, la compenetran, la saturan. ¿De dónde viene esta especie de fascinación, de inclinación al placer, que pone un gesto risueño en todas las bocas y un toque de luz

en todas las pupilas? El aire marzal no sólo es molesto, es perverso: sobre él cabalgan gérmenes de aniquilamiento; en él corren esos invisibles coraceros de la fiebre que atacan en legiones invictas: los microbios. En cada soplo va un ejército de húsares de la muerte.

No obstante, rodeados de los peligros y amenazas de ese estupendo mundo de lo pequeño, empezamos a sentirnos felices. ¿Por qué?

Pues por la cosa más simple y sencilla que puede usted imaginarse, señor de los espejuelos oscuros, de la flaca y amarillenta cara de dómine, del abrigo cuellialzado, de la mano huesosa que lleva a la nariz el pañuelo de hierbas, como una centinela de las fosas nasales, para que no entren los malignos efluvios... por la cosa más simple estamos contentos. Oígala usted: porque viene la primavera. Ya estos vientos de marzo traen, entre las colonias microbiales, ráfagas de difusas y remotas fragancias; ya por los alrededores las muchachas sienten, en sus excursiones de madrugada, el verso de Zenea: "Huele el campo a flores nuevas."

Este baño de oro que toma la ciudad todas las mañanas; estos horizontes de azul pavonado, este calor germinal que nos enciende la sangre y el deseo; este vaho de vida que nos empieza a envolver en tentaciones, en agitaciones de ilusión y de ensueño, este despertar de esperanzas, este aleteo, este venir de goces y de golondrinas, es lo que comienza a reanimarnos, a sacudirnos, a invadir nuestro corazón y reconfortarlo con una inesperada caricia de bienestar.

No, no es mala, no puede ser mala esta Naturaleza que así sonrío y consuela, señor de los espejue-

los oscuros; no puede ser mala cuando así nos promete alegría y salud, cuando así se renueva para complacernos, y en la resurrección de las flores, y en la reconstrucción de los nidos, resucita y reconstruye en el hombre el anhelo de vivir y la esperanza de ser dichoso.....

## II

## TARDES DE MAYO

Las puestas de sol, en este cielo de primavera, arrastran púrpura como emperatrices. No bien descende el día por los azules desfiladeros del firmamento, haciendo saltar su carro aurilabrado, por los cantiles y escarpaduras de las nubes, cuando ya empiezan a encenderse en el horizonte del Ocaso las rojas tonalidades del crepúsculo, que van desde el pálido del nácar hasta el infernal carmesí de la lumbre. La caída, de pompa teatral, del astro, está preparada ahora con mucho tiempo de anticipación. El celeste escenógrafo se adelanta a pintar los telones de fondo: no quiere que, como otras veces, lo sorprenda la representación sin las vistosas y sorprendentes decoraciones que para tales casos usa, sobre todo en las bochornosas tardes de Mayo.

No hay en la vida entretenimiento igual a éste de la contemplación durante un largo y luminoso crepúsculo. Un poco fuera de la ciudad, un poco sobre ella, bajo un árbol de la Reforma, o recarga-

dos los brazos en el pretil de una azotea que domine las casas vecinas y deje libres las lejanías, tienen los ojos el vago y absorbente recreo de las peripecias siderales, que, por su grandeza y misterio, preséntanse a que la fantasía haga con ellas los más altos y estupendos dramas, y también las más suaves y sutiles leyendas, ¿Quién no ha compuesto dulces poemas o tremendas tragedias, mirando, mirando atentamente, a plena alma abierta, esas flavas islas maravillosas, esas grutas de zafiro y cristal, esos espumosos frisos de oro en fusión, esas blancas selvas de nubes, cuyos ramajes se deslíen en deslumbrador polvo de estrellas?

Y el instante, prolongado en horas, del adiós vespertino, es a propósito como ninguno del día para la meditación y el sueño. La tristeza prosaica de la lucha humana, la vulgar tristeza del vivir, se ennoblece; se vuelve resignación, compasión, oración; tórnase, de red áspera y malla de hierro que nos oprimía, en delicado velo, en fino encaje de brocado que nos retiene, sin dejarnos volar, es verdad, pero sin herirnos, sin maltratarnos, sin desesperarnos. No se amplía la jaula que aprisiona nuestro espíritu; se suaviza solamente. Y la desesperación de la lucha, el disgusto de la existencia, el recelo para el desengaño, la amargura escondida que mana como una fuente de todas nuestras desilusiones, conviértense, ante el divino espectáculo de estos crepúsculos, en melancolía amable, en enfermizo desfallecer, en nostálgico anhelo de irrealidad y de superioridad, en espiritual deseo de reposo y acabamiento.

Una bandada de pájaros cruza por encima de las deslumbrantes pedrerías del Poniente, gira, por



un momento, y se desgrana, como si se fundiese en el fuego de este abismo candente; los oscuros y alados puntos desaparecen, embebidos en la gloria del rojo.

Y mientras, los pensativos y los soñadores, recogidos dentro de su corazón como en un tabernáculo, piensan vagamente en que un soplo desconocido, un gran aliento universal, mueve las arenas del desierto, y las hojas de los árboles, y el corazón de los hombres y las esferas de los astros, hacia el lado de la tristeza.

Cuando los pensativos y los soñadores, tras su apacible ensimismamiento, tornan a levantar la mirada ..... ¡oh, consoladora esperanza!—empiezan ya las primeras estrellas a colgar su temblorosa lámpara en el hondo amatista del crepúsculo .....

## III

## EL PRELUDIO

La sinfonía de la Primavera ha comenzado: el prelude con notas veladas, suave, *pianísimo*, con violines a la sordina y altos acordes de harpa, entra, como en el amanecer del *Lohengrin*, muy débil, imperceptiblemente melodioso, sonoro y lánguido, como el ruido de los follajes estremecidos por el rocío de la noche. Dentro de la tierra, acribillada por los venablos de oro del sol, comienza a oírse el canto de la savia. Los estambres de las enredaderas tiemblan como heridos por una salpicadura de cristal.

Muy pronto, en *crescendo*, con una armonía complicada y conmovedora, vendrán las lluvias fecundantes, las lluvias que ponen pálido el horizonte, rumorean dulcemente por la ciudad y hacen maravillas de sueños con las tardes opacas. Yo conservo desde hace varios años, un delicioso recuerdo de estas hermosas metamorfosis de la naturaleza, que a todos nos impresionan por el hálito de juventud y de vida que esparcen en torno nuestro. Oyeme, si gustas escuchar impresiones francas y sencillas, imaginaria lectora de mi prosa. No puedo hacerte crónicas mundanas, ni como en otras veces, narrarte *la historia de lo que no ha sucedido*. ¿Quieres que te cuente mi cuento de primavera? ¿Quieres que entretenga tu fastidio con una fantasía? Pues mírame un instante.

.....La desaparición fué repentina. Momentos antes, el sol caía sobre la vieja pared de enfrente, en cuya cornisa de sillares desportillados, las ramas secas y colgantes de una parásita se proyectaban en oblicuo, firmes y negras, fingiendo la sombra de una mano diabólica. La luz amarillenta loqueaba en el muro ruinoso, encendiendo a rojo de fragua los ladrillos descubiertos, plateando las piedras ensalitradas, incrustando polvo de diamante en las cortaduras y prendiendo agujetas de oro en la cabeza leonada y soñolienta de un gato que dormía en el muñón, de una cantera blanquinegra de una canal sin tubo.

Y de pronto, con una rapidez de pensamiento, con la violencia con que la varita de una hada toca el aire para que desaparezca el encanto, se apagaron las fantasmagorías caleidoscópicas y el muro se pintó de gris plomizo, un lienzo casi incoloro, en